

Presentación

La conmemoración en 2014 del centenario del nacimiento de Álvaro del Portillo (1914-1994) prometía ser una oportunidad interesante para la historiografía acerca del primer sucesor de san Josemaría. La celebración de algunos simposios sobre su figura y la publicación de varias biografías o semblanzas han respondido en parte a esas expectativas en los últimos meses, y también el comité editorial de *Studia et Documenta* venía trabajando en la preparación de un cuaderno monográfico, que finalmente hemos incluido en este número de 2015. Mientras se trabajaba en este cuaderno, se difundió la noticia de que Mons. Álvaro del Portillo sería beatificado el 27 de septiembre de 2014 en Madrid. Esa ceremonia, que congregó a cerca de doscientas mil personas en la capital de España, ha multiplicado el interés por su figura y el legado histórico del nuevo beato.

Tanto las biografías y semblanzas, como otros estudios publicados hasta ahora, han puesto de manifiesto que la investigación sobre este personaje, clave en la historia del Opus Dei –y también, cabría añadir, en el panorama eclesial de la segunda mitad del siglo XX–, tiene un largo e interesante camino por recorrer. También lo demuestran los siguientes artículos, que no se presentan como trabajos de síntesis o de análisis, sino como estudios que miran a precisar datos o a proporcionar herramientas interpretativas que serán de utilidad para futuras investigaciones biográficas.

En la vida del beato Álvaro del Portillo suelen distinguirse tres periodos. El primero, que comprende su infancia y juventud, tiene como momentos salientes su incorporación al Opus Dei en 1935, su paulatina transformación en el colaborador más cercano al fundador, su ordenación sacerdotal y su traslado a Roma en 1946. Durante el segundo periodo, Del Portillo es la *sombra* del fundador, el hombre fiel siempre dispuesto a prestar servicios inestimables. Durante esa etapa, que se cierra con la muerte de Escrivá de Balaguer en 1975, Del Portillo trabaja para la Santa Sede en diversas tareas de envergadura, entre las que destaca su papel en el Concilio Vaticano II. Por último, desde 1975 hasta su fallecimiento, el beato

Álvaro representa la continuidad del fundador como presidente general y después como prelado del Opus Dei. Culmina proyectos comenzados por Escrivá –como la configuración jurídica como prelatura personal–, es protagonista del desarrollo de la institución, y cultiva una relación estrecha y filial con uno de los santos decisivos en la historia de la Iglesia contemporánea: Juan Pablo II.

En las páginas que siguen se recogen estudios de los tres periodos apenas enumerados. Presentándolos por orden cronológico, en primer lugar se coloca el de Federico M. Requena, buen conocedor de la historia religiosa española contemporánea. Es sabido que san Josemaría quiso proporcionar una esmerada formación eclesiástica a los primeros miembros del Opus Dei que fueron ordenados sacerdotes, entre los que se encontraba precisamente el beato Álvaro. Requena expone quiénes fueron los profesores de sus estudios teológicos. Se trataba, como se verá, de un cuerpo docente prestigioso y cualificado, elegido cuidadosamente por el fundador. No es fácil saber cuál fue la huella intelectual que dejaron en Del Portillo esos especialistas, pero es fácil suponer que sin esa base científica en las ciencias eclesiásticas, que fue consolidando a lo largo de su vida, no habría podido relacionarse y confrontarse con los más importantes teólogos católicos y canonistas del siglo XX. Esto ocurriría en sus años de intenso trabajo en el Concilio Vaticano II y en la revisión del Código de Derecho canónico, y también en los múltiples votos y estudios que realizó para las congregaciones vaticanas.

Precisamente el siguiente estudio que presentamos, enmarcado en la segunda etapa de la vida de Álvaro del Portillo a la que nos referíamos, trata de su actividad como secretario de la comisión conciliar “De Disciplina Cleri et Populi Christiani”, de la que habría de salir el decreto “Presbyterorum ordinis” del Vaticano II. El autor es Manuel Valdés, doctor en Derecho canónico con una tesis recientemente publicada sobre este tema. El autor destaca las cualidades del nuevo beato para desempeñar ese trabajo y subraya su convicción de que la identidad del sacerdote y su espiritualidad se fraguan en la relación entre consagración y misión. Esta relación explica que la vida sacerdotal debe tender a la santidad y a la unidad de vida, temas no solamente caros a Del Portillo sino también a san Josemaría.

María Eugenia Ossandón, historiadora y teóloga, aborda un tema de la tercera etapa en la que hemos dividido la existencia de Álvaro del Portillo: su amistad o, mejor, como la autora defiende, su relación filial con Juan Pablo II. El trabajo de Ossandón consiste en una cronología del trato entre los dos, que podrá completarse con más datos en el futuro pero que representa ya un

punto de partida para reconstruir una relación que marcó la mayor parte de los años que Del Portillo estuvo al frente del Opus Dei.

Dentro de este último periodo de la vida del beato Álvaro, se encuentra el estudio de Carlo Pioppi, experto en historia de la Iglesia contemporánea, que se centra en la expansión del Opus Dei en los años en que fue presidente general y prelado. Concretamente dedica su atención –en esta primera parte de su investigación– a cinco países de América (Bolivia, Honduras, Trinidad y Tobago, República Dominicana y Nicaragua) y otros cinco de Europa (Suecia, Finlandia, Checoslovaquia, Hungría y Polonia).

A lo largo de estas páginas, por tanto, se recorren las diversas etapas de la vida de Álvaro del Portillo. Un joven ayudante de obras públicas y estudiante de Ingeniería que compatibiliza esas ocupaciones con la ayuda a san Josemaría y con viajes agotadores por las ciudades españolas. Acabada la carrera de Ingeniería, en 1941, estudia también para prepararse a ser sacerdote. Y no lo hace de cualquier modo, sino con profesores exigentes y con un empeño que terminará por darle una preparación capaz de hacer de él un verdadero experto en materias situadas a las antípodas de su preparación universitaria.

Una persona de formación e inclinaciones laicales como él, se convertirá en un sacerdote *cien por cien*, como gustaba decir a san Josemaría. Aún más, en su vida observamos a la vez al pastor solícito, siempre al servicio de todos, y a un conocedor profundo de la espiritualidad sacerdotal, que contribuirá a formular los términos de la renovación de la vida eclesial querida por el Concilio. Un punto, este último, en el que el Vaticano II ha sido frecuentemente desoído o interpretado erróneamente.

Es un eclesial experimentado y nada ingenuo, que ha tratado a varios papas, cardenales, obispos y monseñores, muchos de los cuales recuerdan su visión sobrenatural al enfrentar los problemas de la Iglesia. El beato Álvaro conoció la realidad de la curia romana, con toda su riqueza y complejidad, y supo mantener una fe fuerte, que fundamentaba su deseo de servicio a la Iglesia y a todas las personas. Lo prueba su relación filial, llena de sentido sobrenatural, con un Papa más joven que él. Con Juan Pablo II se encuentra en una sintonía que quizá sólo se explique por la santidad que la Iglesia ha reconocido a los dos.

Es un hombre de gobierno que debe guiar el Opus Dei en el delicado momento de la sucesión al fundador y que podría haber quedado ahogado por las tantas cuestiones abiertas o difíciles que cada día aparecían sobre su mesa, pero que no será nunca un burócrata. Álvaro del Portillo piensa en el

mundo, en tierras lejanas que terminará visitando personalmente, e impulsa, urge, sigue de cerca a las personas para que no se detenga el ritmo de crecimiento del Opus Dei y su expansión internacional en servicio a la Iglesia, la puesta en marcha de iniciativas novedosas o que habían sido imaginadas por san Josemaría.

Una vida sorprendente, decíamos, de la que esperamos más estudios y trabajos de investigación, tal vez tomando como punto de partida alguno de los que el lector tiene delante.

Luis Cano
Istituto Storico San Josemaría Escrivá